
Presentación de *Cerca de lo lejano* de María Teresa de Vega

Por Cecilia Domínguez Luis

Cuando recibí el manuscrito de *Cerca de lo lejano* de María Teresa de Vega, lo primero que llamó mi atención fue su título que me condujo, inmediatamente, a preguntarme qué podría haber detrás de aquella paradoja que se me brindaba.- No en vano dice Ernesto Sábato que “el título es la metáfora esencial del libro”.

Puesta a elucubrar acerca de qué podría esconder aquella frase contradictoria, surgió, como una posible clave, la palabra “memoria”, pues es esta la que nos acerca lo lejano en el tiempo y en el espacio y la que, junto a las sensaciones, va a conformar nuestra visión del mundo. Una visión y una memoria universales a las que la escritora debía la difícil misión de transformar en obra literaria a través del filtro de su individualidad poética.

Y este primer atisbo de lo que podía encontrar en los poemas de este libro, me sirvió de acicate para adentrarme en sus páginas y así poder ratificar o refutar mi presunción.

Patria, iniciaba la primera de las tres partes de la obra y su primer poema, *Estirpe*, me confirmó que me estaba embarcando en una lectura que, desde luego, no iba a ser fácil, porque me encontraba ante unos textos que, sin abandonar lo íntimo ni lo experiencial -entendiendo por esto último algo más de lo que hoy en día se entiende-, presentaba un discurso poético donde los referentes culturales estaban presentes como reconocimiento a la relación deudora con la tradición de la cultura occidental, sin dejar a un lado, por supuesto, la irrupción de la Naturaleza que, como veremos más adelante, se manifiesta como un espacio y una fuerza que nos impele a la comunicación como único recurso para reafirmarnos en la vida.

Esto me remitió a su primer libro de poemas, *Perdonen que hoy no esté jovial*, publicado en 2001 por la editorial Benchomo -la misma que publica el libro que hoy presentamos-, y donde los poemas de María Teresa de Vega se enmarcaban dentro de un espacio histórico-cultural, en el que la autora buscaba respuestas al origen del hombre, del bien y del mal, del tiempo y de la muerte, circunstancias vitales que podrían servir de explicación a sus estados de ánimo.

En este nuevo libro, *Cerca de lo lejano*, se entrelaza también la experiencia cultural y la personal, sin prescindir en ningún momento de ese yo desde el que María Teresa de Vega nos presenta el universo poético que conforma toda su obra.

Hay, en este primer poema, una especie de declaración de intenciones que se manifiesta en el acto de “pisar” «esa confianza orgullosa / en la belleza» en un afán por superar la estática y serena belleza de lo apolíneo, con un deseo liberador que nos lleva a buscar más allá nuestro origen; aquel sobre el que, en *Paleolítica*, otro poema de esta primera parte, se nos pregunta a través del hombre que pinta su cueva a la luz de una antorcha.

Nadie responde y la Patria, ese ente colectivo y abstracto, se diluye, porque nada sabemos del pasado del hombre cuya pintura es su presente, pero que, al mismo tiempo, nos habla de la imposibilidad de traspasar esos límites. Al fin y al cabo, él, como nosotros, lo único que hace es interpretar su ayer azaroso a través de su presente de ceniza.

El recorrido por la historia no nos depara mejor suerte: solo encuentros fugitivos con «retaguardias destruidas». Por eso es preciso hacer un *Examen de vivencia* en el que reconocemos el poder destructor de la palabra; porque ese lenguaje al que no preguntamos es tan estéril que, al carecer de sentido, puede provocar la aniquilación; de ahí que sea preferible el silencio. Y es que la Patria, con mayúscula, está hecha de grandes palabras; falaces palabras, a veces. Y el ser, que aspira a la verdad, debe liberarse de esa conciencia engañosa de patria para enfrentarse al mundo, al suyo como individuo, afirmar su propia existencia y, a partir de ahí, buscar patrias más cercanas.

Por eso, el último poema de esta primera parte empieza con un verso muy significativo que va a repetirse a lo largo de todo el poema, como si de una invocación se tratase: « El tiempo que me hizo necesitó los tiempos», que es, además, toda una reflexión sobre nuestra sustancia hecha de temporalidad. Un tiempo que nos esculpe y nos desmorona, y que nos permite hablar de un pasado oscuro en el que, muchas veces, nos reconocemos, por mucho dolor que ello nos procure.

Entonces nos damos cuenta de nuestra propia condición de seres efímeros y de nuestra necesidad de buscar en la escritura la superación de nuestros propios límites temporales, antes de que ocurra la inevitable disolución del yo.

Y María Teresa de Vega continúa su búsqueda en *Matria*, la segunda parte de este libro en el que, ya desde el primer poema, el “yo” es sustituido por un “tú” al que

se dirige la poeta y que va ser una constante a lo largo de esta segunda parte, alternando a veces con un “yo” o un “nosotros”.

Abandonados esa Patria abstracta y ese origen ignoto que nos desconcierta, se busca una patria común, un lugar donde nacer y morir. Una tierra y un tiempo recibidos en herencia con «las penas todas de los antepasados». Un lugar donde se siente el dolor de las pérdidas que reviven y “transparentan” en los cristales de la memoria. Porque la poeta sabe que es la memoria la única forma de sobrevivir. Y para hacer más indeleble el recuerdo, es necesario hacer un alto en el camino y contemplar las estelas funerarias con sus perros guardianes, en un *Intermedio ático*, otro de los poemas donde se vuelve a recurrir, inevitablemente, a los referentes culturales que subyacen en toda la obra y que ahora se explicitan de nuevo, aunque esta vez aparezcan como «extranjeras sombras que almacena el Tiempo sin motivo». Sombras que han perdido su patria, porque también han perdido los deseos y, acaso, la memoria.

Por eso es necesario el salmo, la anafórica insistencia en el asombro ante lo inevitable. Porque parece que a nadie interesa la vieja Patria, porque una niebla nos ciega y nos impide ver más allá de lo que podemos alcanzar con solo estirar la mano. Inútiles los ritos órficos cuando las vidas se cierran con ceniza. Perséfone ha perdido su patria, se ha despedido, ha roto su copa y ahora aguarda su momento, oculta bajo tierra, mientras Dionisios reclama vida para los nuevos campos, aun sabiendo que no podrá impedir el dolor y la duda.

La esperanza, pues, puede que esté en la tierra, la patria más cierta, que es capaz de aceptar «las semillas del amor», para que en silencio maduren, echen raíces que traspassen el tiempo y broten de nuevo en el Huerto, esa patria cercana de la que nos habla María Teresa de Vega en la tercera y última parte de este libro.

El Huerto es, entonces, esa patria tangible, real y próxima que nos redime del Tiempo, donde el diálogo con el otro es posible y el “nosotros “ es ya una realidad que «salva corolas».

La recuperación del yo se realiza así en la cercanía del huerto y con ella, también, la recuperación de la Patria que no es otra cosa que uno mismo, el ser individual en comunicación con todo lo que lo rodea y en la promesa de ser siempre buscador del misterio y de la magia que haga posible la creación de un mundo que prevalezca, por encima de nuestra propia condición de seres temporales.

Si en las dos primeras partes del libro se nos remite a un pasado que condiciona la propia búsqueda de la libertad y parece confabularse contra toda esperanza, en *Huerto* el verso se nos hace presente imperativo de unos días más abiertos, más cercanos a nuestro paraíso perdido. El espacio se torna territorio íntimo donde contemplar el vuelo de los pájaros, la vida que renace de las semillas de la misma muerte.

La sensualidad, insinuada en Patria y Matria, se hace ahora patente; los colores, antes fríos como el azul o el gris, que envolvían nuestro destino neblinoso, se vuelven ahora cálidos como los frutos y las flores del huerto, con fragancias cercanas que nos llevan, como en torbellino, hasta la serena claridad de los ponientes.

Después de un largo peregrinaje por la palabra oscura, por el silencio mineral que nos negaba la claridad del día, a través de versos desasidos de su orden lógico para procurarnos un mayor desasosiego, la llegada a la patria cercana del huerto, nos devuelve, desde nuestra individualidad asumida y compartida con el otro, a esa patria perdida y añorada donde, a pesar de sabernos efímeros y ajenos a nuestra suerte futura, fundamos el reino del instante, gracias a la palabra trenzadora.

De esta manera, María Teresa de Vega ha cumplido con una doble finalidad: la de ayudarnos a encontrar esa patria que se trenza en la lejanía y nos lleva al resplandor, y la de transformar ese encuentro en un bello libro de poemas.